

# Documentos del NO Crisis. ¿Qué crisis?



*Círculo de Formación Obrera*



En las últimas semanas hemos escuchado a sanitarios quejarse de que los Estados no tomaran las medidas necesarias para paralizar la circulación de personas, a economistas advertir sobre los costos de las mismas y a políticos, que representan el Capital total de la sociedad, oscilar pendularmente en un sentido u otro.

Los argumentos que se escuchan de un lado y otro aparecen como atendibles. Si no detenemos el contagio a través de la cuarentena obligatoria, los sistemas de salud colapsarán, la economía se resentirá y los costos serán más altos en vidas, dicen los primeros. Paralizar la circulación de personas y, con ello, resentir la producción de mercancías, emitir moneda y aumentar el déficit fiscal en una situación económica crítica, aumentaría el padecimiento futuro de la población, dicen los segundos. Así puesto parecería un problema de oportunidad, es decir, de identificar lo urgente o de costo beneficio, es decir, que sale más barato. Esto último, es muy difícil de calcular en tanto una de las acciones aparece como preventiva y, por lo tanto, no se puede calcular la magnitud del fenómeno en caso de que la prevención no se hubiera realizado.

Entendemos que, si bien actuar a partir de cada una de estas posiciones puede tener momentáneamente un sentido práctico, no evita la contradicción planteada. El analizar el problema postulando el por un lado esto y por el otro lado aquello, hace perder de vista de que se trata de una unidad que es dinámica y cuyo sentido es cognoscible.

Enfrentarse a la crisis a partir de una de sus expresiones y desde allí señalar lo correcto de algunas medidas sin dar cuenta del contenido, lleva a respuestas parciales y de menor potencia que si abordáramos la situación conociendo las determinaciones en juego. En tanto tengamos dicho conocimiento, la fuerza para poder actuar y dominar la situación será mayor.

Estamos frente a una crisis capitalista, es decir, un desacople entre producción y consumo que pone en cuestión la reproducción concreta de la sociedad existente. Se trata de una de las crisis de sobreproducción que se producen cada 50 a 70 años, no como una anomalía, sino como una norma dentro del proceso de acumulación capitalista. La actual se viene arrastrando desde 1980 y su resolución ha sido pospuesta con la exacerbación del crédito, primero, y con la emisión de los Estados para salvar a los bancos, después. El resultado de ello es una masa impresionante de capital ficticio mientras se patea para adelante una cada vez más grande sobreproducción, imposible de realizar por medio del consumo. Al mismo tiempo, en estas décadas se fueron

produciendo las llamadas crisis industriales decenales o de ciclo corto que fueron nombradas a partir de sus expresiones más visibles: crisis de la deuda latinoamericana (1980); de la burbuja inmobiliaria japonesa (1990); de las “punto.com” (2000); y de las hipotecas subprime de EEUU (2008). Esa periodicidad nos pone frente a la pregunta de si se trata de una de estas crisis decenales o nos encontramos frente a una de mayor magnitud que eliminará la sobreproducción para relanzar la acumulación capitalista.

Por definición, la crisis es un momento grave y de consecuencias importantes en el desarrollo de un proceso. Sin embargo, el intento de superar la última crisis mundial tuvo una forma desigual en los distintos ámbitos nacionales, con momentos de crecimiento en algunos de ellos, mientras otros se estancaban y viceversa. Por ejemplo, EEUU se caracterizó por tener una emisión monetaria de una magnitud nunca vista, que se vio atenuada por una menor velocidad de circulación, mientras que China se caracteriza, hasta hoy, por tener un crecimiento monstruoso del crédito interno. Este movimiento se extendió toda una década, generando la sensación de que, más que de un momento a dejar atrás, se trataba de una dificultad más permanente y de difícil superación. En el último año, la exacerbación de la competencia entre China y EEUU, expresada en la llamada guerra comercial, y los problemas de liquidez que obligaron a la Reserva Federal de EEUU a intervenir el mercado de bonos de corto plazo, mostraron los límites de estas políticas y preanunciaron el estallido.

Es en este proceso que aparece la pandemia, no como causa de la crisis sino como catalizador. Confundir la crisis sanitaria con la crisis a secas dificulta la comprensión de todo el proceso descrito y pone en un pie de igualdad medidas que no necesariamente apuntan en un mismo sentido. Cuando se piensa en la salud pública en abstracto, la separamos del proceso concreto de reproducción de la vida. Sin embargo, en el capitalismo lo que rige la organización social es la valorización del capital y, por lo tanto, la salud de las personas se ve atada a este proceso. Si no tenemos en cuenta esto, empezamos a hablar de un “bien común” que moralmente puede ser deseable, pero que no es la forma en que se rige la reproducción social.

En este sentido, las medidas draconianas de emergencia tomadas en distintos momentos, en diferentes países, son comparadas como si las condiciones de vida y sanitarias de la población fueran similares. Su eficacia se mide sin dar cuenta de la capacidad de planificación estatal, como si fueran lo mismo China, Argentina o Italia. El mismo método se sigue con las políticas económicas necesarias para sobrellevar la recesión producida por el parate económico.

La crisis que afrontamos es general y se da en un momento histórico de fragmentación de la clase obrera, lo que implica, en principio, una marcada diferenciación en la calidad de vida entre la población trabajadora, además de los intereses contrapuestos propios de la sociedad capitalista. Si no damos cuenta de ello y de que la crisis se resolverá en el marco de la competencia entre ámbitos nacionales de acumulación diferenciados -lo cual implica la quiebra y centralización de numerosos capitales-, nos desarmamos para enfrentarla. Este reconocimiento debe ser el punto de partido necesario para nuestra acción.

